

LIBRO SOBRE LA CARTA DE LA TIERRA

Hacia un mundo sostenible: La Carta de la Tierra en acción.

“Democracia, no-violencia y paz”.

“As never before in history, common destiny
beckons us to seek a new beginning”.
The Earth Charter (“The way forward”).

Este “nuevo comienzo”, esta nueva etapa en la historia de la humanidad, “requiere un cambio en la mente y en el corazón, un nuevo sentido de la interdependencia global y de la responsabilidad universal. Nuestra diversidad cultural es una herencia maravillosa y debemos encontrar los caminos para armonizar diversidad con unidad, mediante la participación de todos... Cada persona, familia, organización y comunidad tiene un papel esencial que jugar... Para construir una comunidad sostenible a escala global, las naciones del mundo deben renovar su compromiso con las Naciones Unidas”. Estos son algunos de los caminos de futuro, que permitirían rectificar algunos rumbos actuales, horizontes sombríos. Es tiempo de acción. No podemos aplazar por más tiempo la adopción de decisiones sobre todo cuando, desde la década de los 80, las ideologías e ideales fueron sustituidos –en una abdicación histórica de responsabilidades políticas- por las leyes del “mercado”. Y para rectificar, para enderezar las tendencias actuales es indispensable que aparezca en el escenario el protagonista, el destinatario de todos los esfuerzos realizados para el progreso de la humanidad y la mejora de la calidad de vida de todos los habitantes de la tierra, sin exclusión. Durante siglos, el poder ejercido por unos cuantos ha impuesto sus designios a la inmensa mayoría que,

resignada, temerosa, confusa, ha terminado –con períodos de resistencia, normalmente fugaces- por acatarlos. Tenemos hoy la fundada esperanza de que, por fin, el siglo XXI sea el siglo de la gente, de la emancipación de los ciudadanos, de la voz del pueblo, del tránsito de súbditos imperceptibles, anónimos, a interlocutores, a actores, de la nueva gobernanza.

Así se inicia el preámbulo de la Carta: “Nos hallamos en un momento crítico de la historia de la tierra, un tiempo en que la humanidad debe elegir su futuro... . En medio de una formidable diversidad de culturas y formas de vida constituimos una familia humana y una comunidad terrestre con un destino común. Debemos unirnos para llevar hacia delante una sociedad global sostenible fundada en el respeto por la naturaleza, los derechos humanos universales, la justicia económica y una cultura de paz.” Al igual que en el preámbulo de la Carta de la Naciones Unidas (San Francisco, 1945), el punto de mira se sitúa indefectiblemente en las generaciones futuras, en quienes llegan a un paso de nosotros, en quienes lo harán dentro de unos años. De ellos dependerá el porvenir, que deben poder diseñar libre y responsablemente. De nosotros depende, de nuestra visión y coraje, que nadie enturbie o predetermine los trazos y características del día de mañana. Es nuestro compromiso supremo: del pasado tenemos que extraer sus lecciones, y aplicarlas. Pero –no me canso de repetirlo- el pasado no podemos cambiarlo. Es como fue. Podemos describirlo tan sólo. Y debemos hacerlo fidedignamente. El futuro sí podemos, sí debemos cambiarlo. Es nuestra tarea esencial. Nuestro desafío. No podemos distraernos ni mirar hacia otro lado. Los ojos de nuestros descendientes nos contemplan ya.

“Se necesitan cambios fundamentales en nuestros valores, instituciones y formas de vida. Porque el desarrollo humano es, en primer lugar, ser más,

no solamente tener más”. La situación global muestra una creciente patología medioambiental, al tiempo que la brecha entre países ricos y pobres se amplía en lugar de reducirse. La injusticia, la pobreza, la ignorancia, y los conflictos violentos se multiplican y extienden, produciendo grandes sufrimientos. Todo esto, como se describe en la “situación global” de la Carta, requiere con urgencia, como antes indicaba, la aparición de la sociedad civil, de las organizaciones en las que se integra, para ser desde ahora indispensable interlocutor, activo participante en la construcción de un mundo “democrático y humano”. Para poner en práctica estas aspiraciones, debemos fortalecer el sentido de solidaridad, de fraternidad, tal como se proclama en el artículo 1º de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Todos libres, todos iguales, todos dotados de razón, todos fraternalmente unidos. Todos distintos. Hasta el punto de la unicidad: cada ser humano único, creador. Esta capacidad distintiva de la especie humana, permite eliminar el fatalismo de su trayectoria. Haber descifrado el lenguaje de la vida -la complementariedad espacial de las moléculas que rige desde la transferencia genética a su traducción en los componentes estructurales y dinámicos de todos los seres- nos permite, en consecuencia, predecir inexorablemente su comportamiento. Con una excepción: la que proporciona a cada vida humana la desmesura creadora, la que le permite, al filo de las luces y de las sombras, de las certezas y de las incertidumbres, la libertad de elaborar sus propias respuestas, de decidir por sí mismo, de “dirigir con sentido su propia vida”, definición difícilmente mejorable de la educación, en palabras de D. Francisco Giner de los Ríos. Tener tiempo para reflexionar, para pensar, para ser uno mismo, para no ser tan sólo espectador pasivo, receptor que deja que otros decidan en su nombre, que otros marquen –a veces desde distintas instancias mediáticas- las pautas de su comportamiento.

Creadores y libres, sin adherencias, con amplias alas sin lastre para el vuelo alto, “para proporcionar fundamentos éticos a la comunidad mundial emergente”. De los cuatro principios o compromisos con los que se inicia el articulado de la Carta de la Tierra, el tercero se refiere concretamente a “construir sociedades democráticas que sean justas, participativas, sostenibles y pacíficas”. Asegurarse, dice este apartado, de que en todas las comunidades y a todos los niveles pueda garantizarse el ejercicio de los derechos humanos y libertades fundamentales, y proporcionar a cada uno oportunidades para la plena puesta en práctica de su potencial. Creo que este es un aspecto particularmente relevante: atareados unos en los apremios que les permiten, a veces a duras penas, sobrevivir; distraídos otros en entretenimientos que les impiden disponer de tiempo para pensar; ofuscados otros en temores, supersticiones e individualismos que, no sólo ponen de manifiesto su ignorancia, sino que conducen con frecuencia a adoptar posiciones intransigentes, extremistas, fanáticas,... son pocos los que pueden sustraerse de la rutina y de la inercia para pensar lo que dicen y decir lo que piensan. Corremos el riesgo de dejarnos llevar por el inmenso vendaval de los medios de comunicación, de dejarnos ahormar por el omnipresente poder mediático, y dejarnos engullir por el inmenso torbellino de acontecimientos seleccionados, magnificados unos, deslucidos otros,... de tal modo, que ya no sabemos más que lo que se quiere que sepamos, con manipulaciones que llenan nuestro jardín, a veces hasta en sus más íntimos rincones, de árboles y plantas no sólo ajenas sino indeseadas.

La construcción de la democracia exige reclamar el derecho a una información transparente y expresar sin cortapisas nuestros puntos de vista

e ir sumando, con la ayuda de la moderna tecnología (Internet, SMS), múltiples voces para que sea un auténtico clamor popular el que se enfrente, victoriosamente, a la hegemonía, a la plutocracia, de tal forma que se rompa el silencio que tantos desmanes ha permitido y se instale, pacíficamente, sólidamente, un marco ético-jurídico a escala local e internacional, para que sea la palabra –que en esto consiste la democracia– de los ciudadanos la que ilumine los caminos de la gobernación hacia un futuro menos sombrío. Para que “las espadas se transformen en arados” y se transite desde una cultura de imposición y de fuerza a una cultura de diálogo y de paz.

Tiempo para pensar, para escuchar, para ser uno mismo. No hay democracia fuerte y sostenible sin ciudadanos atentos a los demás y capaces de argüir en favor de sus propuestas. No hay democracia en el silencio, ni en la sumisión ni en el miedo.

La violencia no tiene justificación. En ningún caso. Pero debemos tratar de explicar porqué se genera, porqué surge, enfurecida, hasta el punto de implicar, en ocasiones, el sacrificio de la propia vida. Como la Carta de la Tierra establece en su capítulo 3º, debemos buscar las raíces de la animadversión, la frustración, la radicalización, la aversión,... en unas condiciones de vida difícilmente compatibles con la dignidad humana, en las promesas reiteradamente incumplidas, en el abandono, en el desamparo, en el olvido. “Para la justicia social y económica es indispensable erradicar la pobreza como un imperativo ético, social y medioambiental”. “Garantizar el derecho al agua potable, al aire limpio, a la seguridad alimentaria, al suelo no contaminado, a la vivienda, a las condiciones higiénicas adecuadas, invirtiendo los recursos nacionales e internacionales que se requieren”. Y estos recursos no se lograrán si la sociedad civil sigue

aceptando que “las cosas son como son y no pueden ser de otra manera”, que “nada tiene remedio”... . La era del silencio ha terminado. La era de la democracia genuina empieza por donde debía: por la voz de la gente, por la expresión nunca violenta pero sí firme de sus derechos. De sus proyectos, de sus anhelos, de sus sueños.

Desarrollo integral, endógeno, sostenible, humano... para una adecuada distribución de los recursos de toda índole, -incluido, desde luego, el conocimiento- para el bien de todos. La reducción de las presentes asimetrías es condición *sine quae non*: en el barrio próspero de la aldea global el 20% tan sólo de la población mundial disfruta del 80% de los bienes, de los frutos de la innovación, del descubrimiento, de las aplicaciones tecnológicas. Su riqueza espiritual se halla, en cambio, a la deriva. Debe abrir ventanas y puertas para conocer y comprender a quienes viven, a veces hacinados, en los barrios pobres y empobrecidos, menesterosos. Para que “vivir juntos”, como nos recomendaba la comisión presidida por Jacques Delors en su “Educación para el siglo XXI”, sea pronto una realidad y piedra angular del nuevo edificio democrático mundial, es necesario que, con auténtica voluntad de conciliación, normalización, pacificación, se adopten las medidas que permitan aliviar, sin mayor demora, la situación de miles de millones de personas. Medidas para terminar con la vergüenza de paraísos fiscales, donde se “blanquea” el dinero procedente de los más horrendos tráfico: drogas, armas, personas!. Medidas que reduzcan de inmediato datos como los siguientes: los subsidios de la Unión Europea y de los Estados Unidos a la agricultura ascienden a 375.000 millones de dólares al año. Es decir, un poco más de mil millones diarios. Las inversiones en armamento, incrementadas en los últimos años, como corresponde a una economía de guerra, se sitúa en los 2.600 millones de dólares al día. Bastaría con que se iniciara una paulatina

reducción de las mismas y que se aplicara al fomento del desarrollo endógeno global, a la financiación del nuevo contrato social y económico que es imprescindible para una Tierra y una habitabilidad sostenibles; para un nuevo contrato medioambiental que detuviera la degradación, el cambio climático, la contaminación de los océanos, que permitiera en todos los casos actuar con rigor científico a través de comisiones transdisciplinarias; para salvaguardar la diversidad y la identidad de todas las culturas y lenguas evitando la uniformización progresiva, la erosión de los perfiles de civilizaciones que podrían reconocer tantos puentes que les unen en lugar de agigantar los aspectos que les separan; para que la solidaridad se inspirara en principios éticos universalmente aceptados. Es urgente que se inicien estas transformaciones y se reduzcan las disparidades que el actual sistema económico ha aumentado, creando tensiones y un sentimiento generalizado de incapacidad para enderezar derroteros que nos llenan de oprobio y desesperanza. No puede ser que cada día mueran de hambre más de 40.000 personas. No puede ser que el complejo industrial-militar siga produciendo artefactos bélicos para el enfrentamiento convencional de ejércitos de distintos países, cuando lo que se necesita en estos momentos, frente al terrorismo, es reforzar la seguridad personal, contar con la colaboración de todos los ciudadanos que, en su inmensa mayoría, se hallan del lado de la vida y en contra de quienes maquinan atrocidades desde la sombra; recursos tecnológicos y humanos para, en una cooperación a escala mundial, terminar la violencia, al tiempo que se reducen y erradican la miseria, la exclusión, la indigencia, la desnutrición,

La Carta de la Tierra reclama que se asegure la igualdad de género, otra condición para el establecimiento, a escala local, regional y global, de la paz y de la democracia. Si el principio general es la radical igualdad de todos los seres humanos, ¿cómo podemos explicar la discriminación que

afecta a algunas etnias, a algunas comunidades indígenas, a las mujeres? ¿Cómo puede seguir aceptándose una sociedad esencialmente masculina, en la que los progresos de las últimas décadas, son los hombres quienes toman el 96% de las decisiones y representan el 88% de la voz de la Tierra?.

La democracia y la no-violencia requieren la seguridad de la paz y no la paz de la seguridad. No la paz de la imposición, del miedo, del silencio. Como antes subrayaba, la clave de todo sistema democrático es la interacción, la escucha, la participación. Educación para todos a lo largo de toda la vida para que se asegure la presencia, cada vez más numerosa, de los ciudadanos en la gobernación. Para que las instituciones –en particular las universidades- sean, por su interdisciplinariedad, asesores de las instituciones democráticas (parlamentos, consejos municipales, medios de comunicación) y atalaya, torre de vigía, para favorecer la anticipación y, por tanto, la prevención. Evitar es la gran victoria. Sólo un sistema democrático en el que es el pueblo el que modula el contenido y tonos de la gobernación permite el pleno ejercicio de los derechos humanos sin excepción.

Democracia, no violencia y paz. La Declaración y Programa de Acción sobre una Cultura de Paz, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el día 13 de septiembre de 1999 establece que “la sociedad civil ha de comprometerse plenamente en el desarrollo total de una cultura de paz”... “Desempeñan una función clave en la promoción de una cultura de paz los padres, los maestros, los políticos, los periodistas, los órganos y grupos religiosos, los intelectuales quienes realizan actividades científicas, filosóficas, creativas y artísticas, los trabajadores sanitarios y de actividades humanitarias, los trabajadores sociales, quienes ejercen funciones directivas en diversos niveles, así como las organizaciones no

gubernamentales”. Para el cumplimiento del artículo 16 de la Carta de la Tierra –“Promover una cultura de tolerancia, no violencia y paz”- resulta de especial utilidad la aplicación de las medidas que se declaran en el plan de acción de la Declaración mencionada: la educación para todos y a lo largo de toda la vida, sin obstáculo alguno para el acceso a la misma; promover el desarrollo económico y social sostenible; promover el respeto de todos los derechos humanos; garantizar la igualdad entre mujeres y hombres; promover la participación democrática; favorecer la comprensión, la tolerancia y la solidaridad; apoyar la comunicación participativa y la libre circulación de información y conocimientos; y promover la paz y la seguridad internacionales. No puede seguir existiendo la actual contradicción entre democracias a escala local (por frágiles y vulnerables que muchas sean todavía) y oligocracia y hegemonía a escala internacional. Como dice la Carta de la Tierra, la cooperación entre todos los pueblos, la desmilitarización, la eliminación de armamento de destrucción masiva,... implican necesariamente unas Naciones Unidas dotadas de la autoridad moral, de los recursos humanos financieros y técnicos que son imprescindibles para el desarrollo de su misión: “Nosotros, los pueblos hemos decidido evitar a las generaciones venideras el horror de la guerra”. Un sistema de las Naciones Unidas –con instituciones internacionales especializadas en los aspectos laborales, alimentarios, educativos, culturales, científicos, financieros,...- plenamente utilizado, al servicio del mundo en su conjunto, con las adaptaciones que la realidad y la prospectiva aconsejan.

“La paz, establece la Carta de la Tierra, constituye un conjunto creado por las relaciones correctas con uno mismo, con otras personas, con otras culturas, con otras vidas, con la Tierra y con el conjunto más amplio del que todos somos parte”.

En el momento en que se cumplen 60 años desde la fundación de las Naciones Unidas en San Francisco y de la UNESCO en Londres, el V aniversario del lanzamiento de la Carta de la Tierra en Amsterdam, en el año 2000, presenta un marco, un telón de fondo insustituible y deseable, porque confiere a la Carta de la Tierra una actualidad, una vigencia y una exigencia de compromisos muy particulares. Por todo ello, debemos favorecer su difusión, para que en todos los centros docentes, en todas las instancias de gobierno, en los medios de comunicación,... se conozcan y se pongan en práctica unos puntos de referencia de especial relieve en circunstancias de tanta confusión y abatimiento.

Todos diferentes, todos iguales, unidos, esperanzados por la insólita facultad de crear, nos comprometemos a difundir y a observar la Carta de la Tierra, para contribuir al cumplimiento de los Objetivos del Milenio...
“Que nadie que pueda hablar siga callado. /que todos se unan a este grito”.

Federico Mayor Zaragoza